Señor Gregorio Gutierrez V.

Y
0345
1869

RAIMUNDO

SANTAMARÍA.

1869.

BOGOTA

IMPRENTA DE GAITAN.

Compra- Lib. El Carnero. Febrero 2003

Y
0345
1869

Compra - Lib. El Carnero. Febrero 2003

Ygnacio Gutiérrez U.

RAIMUNDO SANTAMARÍA

Apénas habíamos tenido tiempo de enjugar las lágrimas que brotaron de nuestros ojos con la muerte del señor Joaquin Blas de Mier, de esa alma noble y generosa, arrebatada tan de improviso al amor de su esposa y á los cariños de sus hijos, cuando nuevas lágrimas han venido á surcar nuestras mejillas y nuevos sufrimientos á lacerar nuestro corazon.

Once dias despues del fallecimiento del señor Mier, la muerte habia escogido otra víctima de la misma familia: el señor RAIMUNDO SANTAMARÍA, habia pasado de esta vida á otra mejor.

Nació el señor SANTAMARÍA en la ciudad de Medellin el 15 de marzo de 1795. Fueron sus padres el señor Manuel Santamaría y la señora Luz Tirado. Principió su educacion en aquel lugar, y apénas hubo concluido sus estudios, partió para Inglaterra, siendo de los primeros granadinos que, en esa época de atraso y revolucion, emprendieron viaje al antiguo continente. Poco tiempo despues regresó á su patria.

La semilla sembrada por don Antonio Nariño y los desterrados

de 1796 habia brotado ya en la capital del Vireinato, y, creciendo con una rapidez pasmosa, habia extendido sus ramas por todos los ámbitos de la antigua colonia.

Desde las últimas extremidades de Pasto hasta las playas de Santamarta y Cartagena, se alzaba un inmenso campo en que se disputaba con encarnizamiento y heroismo la independencia de un pueblo. El genio de Bolívar brillaba en Venezuela, y con él Páez, Sucre, Urdaneta y mil otros; Nariño, Santander y Córdova, combatian en Nueva Granada; San Martin luchaba en las playas del Pacífico.

En esa lucha santa y desinteresada, lucha que se nos presenta mas gigantesca á medida que los

años van pasando, sentó plaza de soldado el señor SANTAMARÍA.

El buen éxito coronaba por todas partes los esfuerzos de los patriotas: la accion de Juanambú habia concluido con los realistas del Sur, y en Venezuela brillantes victorias habian concretado el poder español á las provincias del Norte. La España veia ya la presa fuera de sus garras, y haciendo un último esfuerzo desembarcó un ejército encabezado por Morillo, que bien pronto se paseó por todas partes, señalando su paso con asesinatos y devastacion.

Aquellos á quienes no tocó la triste suerte de perecer en el cadalso, tuvieron que huir á la espesura de los montes ó condenarse

al ostracismo. El señor SANTAMARÍA fué de estos últimos. Emigró á Jamaica, y allí tuvo relaciones con la familia Rovira, á la que el sacudimiento revolucionario habia arrojado tambien á aquella isla. En 1821, pacificada ya la República, regresó á Santamarta, y unió su suerte con la de la señora Magdalena Rovira. Desde el momento de su matrimonio se dedicó al comercio, con el que se formó una posicion respetable en aquella ciudad, hasta que estalló en la Ciénaga la contra-revolucion realista en diciembre de 1823.

El, atento siempre á la voz de la patria y obediente á su llamamiento, hizo embarcar á su esposa y á un hijo, y formó en las filas

de los defensores de la independencia.

Atrincherado con sus valientes compañeros en el fuerte de Santa Bárbara, sostuvieron durante un dia el ataque de un enemigo cuatro veces mayor. La superioridad del número los hizo cejar, pero no por eso se desalentaron, y resistieron un dia mas en el fuerte del Betin, en donde los mas fueron acuchillados por los sublevados.

Herido en este combate el señor Santamaría pudo escapar, y embarcándose sigilosamente, llegar á Cartagena á reunirse con su esposa y su hijo.

Su casa fué saqueada y robados sus almacenes, fruto del trabajo laborioso y constante de tres años.

Poco tiempo despues tomó rumbo para esta ciudad y se estableció en ella definitivamente.

Sus brillantes cualidades sociales, su patriotismo y desinteres le granjearon el aprecio de la parte mas notable de la sociedad de aquella época, en la cual figuraba el General Bolívar, con quien tuvo estrechas relaciones amistosas que duraron lo que su existencia, y de quien recibió repetidas muestras de aprecio y distincion.

En 1831, cuando la República se hallaba azotada por la guerra civil, fué el señor SANTAMARÍA el comisionado que, en asocio del doctor Vicente Borrero, recibió instrucciones del Gobierno del General Rafael Urdaneta para avistarse

con los Generales López y Obando y los jefes insurrectos de Neiva y celebrar un tratado que pusiese fin á la guerra. "Marcharon de esta ciudad," dice el historiador Restrepo, "animados de los mejores sentimientos por el bien y felicidad de su patria" y acordaron un armisticio de quince dias, dentro de los cuales debia realizarse la entrevista de los Generales Urdaneta y Caicedo, entrevista que dió por resultado la terminacion de la guerra.

Algunos dias despues entró á Bogotá el Vicepresidente Caicedo á ejercer el poder supremo de la Nacion y el señor SANTAMARÍA fué nombrado Consejero de Estado, cargo que desempeño á contentamiento de todos los partidos.

Hasta aquí Colombia la grande.

Esta corta carrera pública es muy honrosa para el señor SANTAMARÍA. Perteneciente al número de los fundadores de la independencia luchó con heroismo y constancia, derramando su sangre generosamente y sacrificando su fortuna para legar patria á sus descendientes. Mas tarde, cuando la primera disension doméstica vino á ensangrentar el suelo de la República, su mision fué la de apaciguar los ánimos enconados y reconciliar á los colombianos que se despedazaban.

¡Pocos, muy pocos habrá que puedan decir lo mismo!

Posteriormente, la administracion Mosquera en 1845 le nombró Se-

cretario de Hacienda, cargo que rehusó desempeñar, y durante muchos años consecutivos ocupó un asiento en las Cámaras Legislativas, puesto que le confirieron las provincias de Santamarta y Antioquia durante el centralismo, y el Estado de este último nombre cuando principió la federacion.

Dotado de extraordinaria rectitud política, prescindia siempre de toda pasion y pesaba con aplomo y pausa todas las faces de las cuestiones que se sometian a la decision de los cuerpos de que formaba parte, de manera que su voto vino siempre á ser la expresion de la experiencia de muchos años, purificada por el mas escrupuloso exámen y guiada por un patriotismo

á toda prueba. De aquí esa série de reelecciones que recayeron sobre él, reelecciones tanto mas satisfactorias y honrosas cuanto se hacian en un país en que la versatilidad y la inconstancia son males que aquejan endémicamente á los pueblos.

Jamas se le vió formar en las filas de los exagerados de partido, de esos hombres que niegan la honradez y la justicia por la sola razon de salir del bando contrario al suyo. Partidario por principios políticos, no por fines personales, nunca dejó de proclamar la verdad donde quiera que la encontró ni de aplaudir los actos de virtud sin fijarse en quién los ejecutaba.

Casi todas las empresas de interes vital para la República deben algo al señor SANTAMARÍA. Accionista fuerte y principal promovedor de la navegacion por vapor en el rio Magdalena, contribuyó con su contingente á aumentar y facilitar el tráfico del interior con las costas del Atlántico y la exportacion de frutos nacionales para el extranjero.

Cuando el señor Francisco Montoya, ese gigante del comercio, dió principio á la especulacion del tabaco en Ambalema, el desaliento y la desconfianza paralizaban en su nacimiento esa empresa, que requeria capitales fuertes y erogaciones diarias y cuantiosas. No solamente se la miraba con indiferencia sino que se predecian funestos resulta-

dos para los especuladores. El señor SANTAMARÍA fué de los primeros que acudió al sosten de la industria naciente. Un año despues, la prosperidad y la riqueza florecian en la plaza de Ambalema: terrenos ántes desiertos ú ocupados por selvas impenetrables se veian cubiertos de plantíos, en donde encontraban pan y trabajo los miserables proletarios de tierra caliente. El bienestar se palpaba por todas partes, los capitales venian del extranjero y un progreso siempre creciente extendia sus benéficos rayos á casi todos los pueblos de la República.

Fué tambien el señor SANTAMARÍA el fundador de una casa de comercio en Liverpool. En ella encontraron siempre los granadinos

ámplia y cordial acogida; y apesar de los rudos golpes que ha recibido, debidos todos á la generosidad con que el señor SANTAMARÍA recibió á sus conciudadanos, se ha mantenido en pié, figurando por su crédito con ventaja entre las casas europeas. Esto honra el nombre del señor SANTAMARÍA y es al mismo tiempo el elogio mas elocuente de su benéfico é hidalgo corazon.

La agricultura debe al señor SANTAMARÍA la introduccion de los primeros arados ingleses que vinieron á la altiplanicie y el espíritu de reforma que dicha introduccion trajo consigo, despertó el gusto por las máquinas y aparatos de cultivo, que han producido un sinnúmero de resultados ventajosos despues.

Era el señor SANTAMARÍA de estatura elevada, en su fisonomía franca y cordial se pintaba la excesiva bondad de su corazon, la nobleza y caballerosidad de su alma. Sus maneras cultas y conversacion amena y distinguida impresionaban vivamente en su favor desde el primer momento en que se le trataba. Cumplido para con la sociedad, nunca dejó de llenar aquellos deberes que tienen su orígen en la amistad y en la mútua ayuda que se deben los diversos miembros del cuerpo social. Tan pronto estaba al lado de sus amigos alegrándose en sus alegrías ó regocijándose por su dicha, como velando á la cabecera del enfermo ó impartiendo consuelos cuando la des-

gracia sentaba sus reales en la casa de alguno de sus relacionados.

Católico por herencia y por convicciones, el señor SANTAMARÍA supo cumplir con sus obligaciones religiosas hasta el momento mismo en que la muerte vino á helar su último suspiro. En su casa encontraron pan y alivio los desgraciados que golpearon á sus puertas y de sus labios brotaron palabras de cariño y resignacion cuando no era la limosna física, sino la espiritual la que necesitaban almas azotadas por el infortunio ó agobiadas por la desdicha.

Ejercia la virtud sin ostentacion, observando aquella máxima del Evangelio: no sepa tu mano izquierda el nombre de aquel á

quien socorre tu derecha. Esquivando la lisonja y huyendo del aplauso y las alabanzas, esperaba solamente por sus acciones virtuosas la recompensa de Dios en el cielo, la aprobacion de su conciencia en el santuario de su corazon, sobre la tierra.

De exquisita sensibilidad el señor SANTAMARÍA, sentia las penas de sus amigos como suyas propias. ¡Dios sabe si la muerte del señor Joaquin B. de Mier, quien lo sirvió durante los últimos años de su vida con la asiduidad y ternura de un buen hijo, tuvo mucha parte, si no toda, en la enfermedad que le condujo al sepulcro.

El señor SANTAMARÍA poseyó en alto grado las virtudes que forman

el hogar doméstico, uniendo por medio del amor y la concordia aquellos séres en cuyas venas circula la misma sangre y que derivados de un orígen comun, llevan como lazo de union el mismo nombre de familia.

Miéntras duró la vida de su padre todas sus atenciones, todos sus esfuerzos y cuidados se dirigieron á recompensar con cariño filial y amante corazon los inmensos beneficios que todo hijo debe al hombre que le dió la vida, que cuidó de su infancia, dirigió su juventud é inculcó en su entendimiento las primeras nociones de la religion y la ciencia.

El amor fraternal tenia tambien su lugar, y lugar distinguido entre

las virtudes que adornaban al señor SANTAMARÍA.

Buen hijo y buen hermano, era tambien esposo ejemplar. Partió con su compañera sus dolores y alegrías, su fortuna y su posicion social. En 1850 la muerte despedazó esa union santa, formada por el doble lazo del amor y la religion, y hoy en 1869 la muerte la ha reanudado en el cielo.

Excelente padre, supo formar una familia que ha llegado a ocupar un notable puesto entre la sociedad y á la cual hizo heredera al propio tiempo que de su nombre, de sus virtudes.

Esa fué su vida. Patriota desinteresado, caballeroso y leal en sus relaciones amistosas, religioso y ca-

ritativo, amante de su familia, bien pudiera aplicársele el dictado que para sí ambicionaba el grande hombre de Sur América: el de BUEN CIUDADANO.

Sirvan estas líneas como una corona colocada sobre la losa que cubre sus restos mortales: no lucen en ella vistosos ramos ni pintadas flores, no exhala delicada fragancia ni deleita la vista por sus variados matices; pero en cambio sobre sus hojas mustias brillan como gotas de rocío las lágrimas que nos ha arrancado la desaparicion de ese sér que nos fué tan querido.

Bogotá, octubre 1.º de 1869.

M. V. U.

IMPRENTA DE GAITAN.

BIBLIOTECA
Universidad Eafit
62000001709933